

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 432-445.

Washington Lockhart (1914)

Una especial ductilidad intelectual: profesor de matemáticas, historiador, ensayista de tonalidad filosófica, crítico literario, director teatral, caracteriza la actividad de Washington Lockhart. Y sería posible, incluso, ver en esta multiplicidad las urgencias del tipo de “fundador de cultura” que en el interior de nuestro país – tal la ciudad de Mercedes en la que reside desde 1942 – se ve compelido a cumplir esa variedad de faenas que en nuestras capitales, durante el siglo XIX, los hombres de la reducida selección dirigente tuvieron que desempeñar.

Director de ASIR desde 1948, colaborador de ACCIÓN de Mercedes y de MARCHA, Lockhart se ha dado tiempo para fundar la REVISTA HISTÓRICA DE SORIANO (1960) y realizar valiosos trabajos de historia regional. En este rubro, la **Historia de la escuela en Soriano** (1957), la biografía de **Máximo Pérez** (1962 – premiada en concurso seis años antes –), su contribución triunfadora al certamen de EL PAÍS de 1962 sobre “Un pueblo del interior” (“Como nació, como vivió Mercedes y como sobrevive”) representan una aportación sustancial a una dirección de nuestra historiografía tan impostergable como descuidada hasta un inmediato pasado. Y si esto es así, es porque una historia de cada uno de los “pagos” del país no sería, ciertamente, la vía – dígase inductiva – de una historia del país total pero officaría como sólida apoyatura de cada una de las generalizaciones con que esta última tiene que armarse.

Puesto a un margen este sector de los trabajos de Lockhart, y focalizada la atención sobre la porción ensayística que se enmarca en los textos de ASIR y el libro **El Mundo no es absurdo** (1961), es fácil advertir que toda ella se mueve en torno al tema (sentido, expresado hasta la dilaceración) de una cultura y una civilización en crisis. Asedia su inteligencia el descaecimiento de la “modernidad” y de sus categorías (razón, libertad, individuo), la quiebra de una noción y vivencia de la libertad concebida como pura disponibilidad, los males del escamoteo de la realización axiológica que a la libertad da sentido, la intemperie existencial que en todo lo anterior se origina. O, para decirlo con sus propias palabras, **le obsede el tema crucial de nuestra época: la pavorosa soledad del hombre libre, la necesidad de realizarse, de salvarse, de abrirse un acceso al Ser, a un sentido capaz de encarnarse en la existencia** (MARCHA, n° 1143).

Obsesión (se señalaba) de Servando Cuadro; obsesión (se marcará) de Ares Pons, en Lockhart se acompaña de una conciencia extremadamente despierta de los problemas radicales, de los permanentes torcedores de la "condición humana": Muerte y Supervivencia, Finitud y Trascendencia, Absurdo y Significado, Dolor, Soledad... Estas cuestiones no las sitúa Lockhart, angélicamente, en un "más allá" de lo histórico y lo social (y resulta, por el contrario, muy atento a ellos), pero cree que lo histórico y lo social si condicionan y "sitúan" cualquier versión que tengan, si inflexionan inevitablemente toda expresión de ellas, son incapaces, en absoluto, de cancelar su sentido, de exorcizar su rondadora presencia. Y si ciertas terapéuticas sociales son capaces –quién lo duda– de aplacar muchos sufrimientos humanos, siempre el "más allá" espera, insoluto y tal vez insoluble. O, usando de nuevo sus términos, **no se ha querido ver hasta ahora otro drama, casi, que el del hombre incapaz de explicitárselo, carboneros, paisanos, prostitutas, alælados de las índoles más diversas, vidas que sufren a tientas su condición y cuya impasse podría resolverse casi siempre mediante nuevas leyes sociales o algunas mediocres asistencias** (MARCHA, nº 1037). Casi tipificada, así, ésta es para Lockhart la mira usada por las tentativas de "cambiar el mundo" pero, cuando ya esta edificante empresa se haya alcanzado, todavía quedarán **zonas infinitamente más amplias, irreductibles, todavía restará el liberarse incluso de las esclavitudes que supone la lucha por la liberación** (MARCHA, nº 1152).

El tema de la "trascendencia" y el tema de la "comuni3n"; los males de la soledad y el encierro en lo inmanente, la recuperaci3n de una "fe", de un "sentido de la vida", rescatados al margen de toda adhesi3n a una creencia de tipo tradicional, son, entonces, los hilos que enhebran la meditaci3n m3s personal de Lockhart y todos los dem3s se despliegan servicialmente en su torno. Esto explica, en buena parte, su afinidad con el pensamiento "personalista" europeo desde Péguy a Mounier y aún con todos los ag3nicos del siglo XIX: Kierkegaard, Nietzsche, Dostoievsky, a los que debe sumarse la literatura de "situaciones-límite" de las entre-dos-guerras, de un Malraux o de un Saint-Exupéry especialmente (uno de sus mentores) tan sobreabundante de esas candentes materias.

La tem3tica completa de Lockhart es, naturalmente, m3s amplia y oscila desde la omnipresente e incitante "cuesti3n nacional" hasta los grandes aspectos de la ubicua, contempor3nea "sociedad industrial" o "de masas". En este último campo le han interesado, en especial, las inferencias espirituales del peligro nuclear y la polítca de poder ("Hacia la bomba total"), el público del arte y sus relaciones con la realidad ("Sobre el cine y sus posibilidades") y los medios de difusi3n y de cultura con sus caracteres, sus fines y sus servidumbres.

El enfoque de todos estos asuntos tiende en Lockhart a adquirir esa magnitud, ese radicalismo y aún ese grado de abstracci3n que permitiría roturarlo de "filos3fico" y es digno aquí de notar que de este marginal a la profesi3n filos3fica provenga la p3gina ("Vaz Ferreira o el drama de la raz3n") m3s

perspicaz, más aguda que probablemente a Vaz se haya dedicado. (Un testimonio valioso, por otra parte, de la postura respetuosa pero en último término “revisionista” que los escritores de su promoción deben al pensador que abominó de los “maestros” que dejaban a sus discípulos **discípulos toda su vida**).

Como ya se señalaba, en **El Mundo no es absurdo** se recoge parte de la obra ensayística de Lockhart, aunque buena porción de ella quede dispersa en ASIR y otras publicaciones. No es necesario, sin embargo, un escrutinio exhaustivo para advertir que este autor es (junto con Ares Pons, Visca y algún otro) uno de los más “ensayísticos” de los escritores de últimas promociones y ello no sólo por el movimiento natural de espíritu que esto implica (invención, construcción, digresión, magnificación) sino, incluso, por el lenguaje, Un lenguaje en el que no sería difícil marcar la huella honda de la escritura que caracteriza a Albert Camus: sobria, tensa, proclive a la elocuencia pero siempre (y en último término) contenida, disciplinada.

El texto nº 59 es el que, sin duda, ilustra más cabalmente la preocupación central del pensamiento de Lockhart y a lo ya dicho se hace referencia.

En “Dos formas de la infidelidad” el mismo tema del “colonialismo” en su faz más reiterada: la admiración encandilada por lo ajeno, la correspondiente nota peyorativa sobre la circunstancia en que el nacimiento nos inscribió (trata también el tema Zum Felde en “Ironía de nuestro colonialismo intelectual”), se suma al otro colonialismo inverso que, vuelta la mirada hacia el margen, dicta la beata conformidad con todo lo que se tiene. Ya se ha hecho numerosa mención a lo largo de estas páginas a esas dos posiciones, a esa escisión bipartidaria en la que bien se podría insumir tres cuartos del pensamiento nacional. A propósito de algún autor (Despouey) se ha aludido al condescendiente arbitrio de la primera: “trasplantar madureces” (como si la madurez pudiera trasplantarse), consejo que no sólo tiene que ver con la cultura y las costumbres sino que, mañosamente, se lleva a lo económico, a lo social (piénsese en las apologías sobre los frutos de un “capitalismo maduro”... en los Estados Unidos o en Alemania Occidental). A la otra actitud (todavía, en pleno año 1963, un Presidente del Consejo vocalizaba exuberante: ¡Qué lindo nuestro país! ¡Qué linda nuestra democracia!) la examina Lockhart sobre páginas de decorosa formulación intelectual pero de similar voluntad de engañarse (cuando no de engañar). La fórmula emergente de todo su discurso: fidelidad es **desigual** a conformidad regodeada y/o repudio y emigración puede valer como lema de todos los sectores despiertos del país en lo que a las últimas décadas se refiere.

El texto nº 61 representa un fragmento del penetrante análisis que, en cierto grado de abstracción, realizó Lockhart del fenómeno mundial (subrayase esto bien) de la degradación de los “medios de masa”. Sobre el material empírico nacional, se verá, ha sido cumplido y el autor parece haber tratado — y en

general lo consigue — de no caer en cierto estilo de dicitario fácil y remunerador. Parece obvio, sin embargo, que Lockhart no extrema el examen de algunos de los aspectos decisivos que, al margen de una reconocible buena intención subjetiva de muchos de sus propulsores, deciden aquí, como en otras partes, esa “degradación” comprobable. La dependencia, por ejemplo, de nuestra prensa, la información tendenciosa, parcial y a menudo insolvente de las agencias internacionales de noticias y la visión bizca y falaz del mundo que para un número incontable de gentes ellas proporcionan; las fuerzas socio-económicas que llevan a una cultura de masas dictada por el criterio último de “rentabilidad”; todo, en fin, lo que uniforma lenta, implacablemente, nuestros diarios desde sus fundamentos más hondos hacia arriba, hacia su aparente, intrascendente, inocua diversidad partidario-política (en lo nacional, claro está...).

Hasta aquí es como individualidad literaria que a Lockhart se ha examinado y, por ello, extrañará todavía que a esta altura no se haya hecho referencia al “grupo ASIR”, al que el autor, sin desmedro visible de esa individualidad, pertenece. Por ser el miembro de mayor edad de él y (estrictamente) el primero de la llamada “generación de 1945”, se hace entonces inexcusable un sumario bosquejo de esa constelación literaria que — abundantemente en la teorización verbal y parcamente, en cambio, estudiada en letras de molde, contrastada por lo general con el “grupo NÚMERO” — resulta sin embargo la congregación más coherente, más perfilada de los últimos años en nuestra vida cultural.

Sólo Ruben Cotelo, en realidad y en dos fundamentales notas de EL PAÍS (del 8 de enero de 1961 y del 16 de febrero de 1962 sobre Arturo Visca y Washington Lockhart respectivamente) ha señalado los rasgos más importantes de ASIR. También hay que decir, desde ya, que no es necesario (y hasta puede implicar un factor de confusión) el contraste constante con NÚMERO para señalar las líneas más reiteradas de su modalidad intelectual.

Fue alrededor de ASIR (cuya vida, la más larga de todas nuestras revistas literarias de jóvenes, se inició en Mercedes en 1948 y se cerró, en el número 39, en Montevideo y en 1958) que se reunieron Washington Lockhart, Domingo Luis Bordoli, Arturo Sergio Visca y Guido Castillo, aunque sólo el primero resulte fundador de la publicación que tuvo por co-directores iniciales a Marta Larnaudie de Klinger y a Humberto Peduzzi Escuder, muerto en el correr de los primeros años. Otros escritores se sumaron después al núcleo: Dionisio Trillo Pays, Julio De Rosa (autor de alguna buena página ensayística) y sobre todo Liber Falco, verdadero “totem” del grupo tras su desaparición física en 1955. Pero también ASIR — especialmente a través de la acción personal de Bordoli — se fue convirtiendo a lo largo de esos años en un eficaz plano de pasaje de los escritores del interior hacia Montevideo y en un activo promotor de la incorporación de nuevas firmas a la actividad literaria. En este sentido es el único grupo “apostólico” de nuestra vida intelectual y en las páginas de los últimos números de ASIR habrá que rastrear la emergencia de una nueva

promoción que ya es inasimilable a la llamada del 45 (y que en este libro, por razones de extensión y de insipiente, no se considera).

Sobre el fondo común de esa generación posterior a la II Guerra Mundial, según éste se ha delineado (ver Introducción, III), es que podrán —y deberán— apuntarse aquí los rasgos de ASIR, unos rasgos que, como es riesgo usual a tal tipo de construcciones, no deben referirse en su totalidad a ninguno de sus miembros (lo que hace imprescindible, en la mención de cada uno de ellos, señalar el “coeficiente individual” que los hace incommutables).

Cotelo ha sostenido la filiación católica, en un “cristianismo existencial”, del grupo ASIR y si, en verdad, el estricto rótulo no es aplicable a Lockhart y (no enteramente) a Visca, todo el sustantivo trasfondo intelectual es religioso, aún catolizante e inequívocamente “espiritualista” (útese esta palabra con toda la resbaladiza latitud que porte). Con más precisión, en cambio, diríase que es la hostilidad a una visión racionalista, imanentista, mecanicista, naturalista de mundo lo que, en última instancia, los identifica. Tal hostilidad pone, inversamente, en primer plano, no el poder de convicción de una refutación polémica de tipo filosófico o científico sino la validez suprema de una realización “personalista” del ser humano; es decir, de una plenificación del hombre (lejos de todo individualismo y todo autonomismo) en la trascendencia, en la comunicación con “lo Absoluto”, en la superación de la temporalidad y de las barreras del “ego”. Esa experiencia de índole mística (que ya obsedía a Tolstoy antes de a Huxley y tantos otros intelectuales anglosajones) es para ellos la decisiva. Pero si “trascendencia” es, en último término, comunicación y experiencia de lo Absoluto, identificación con el Supremo Fundamento, también es, en el plano humano, “comunidad”, una relación con semejantes que reúne caracteres especiales: no anegarnos en ninguna masa (implicación del colectivismo); sacarnos de la soledad orgullosa pero triste, del yo (implicación del individualismo); producirse, fugaz o establemente, con otros seres humanos personalizados. Surgir, por ejemplo, de improviso, con el vecino interlocutor encontrado por azar en torno al rito del beber; promoverse madurada, funcional, irresistiblemente, con el camarada de “activismo” o con el compañero de ese “equipo” (de que tanto habló el maestro de todos que fue Saint-Exupéry), en el que varios hombres se realizan y se identifican en una tarea libremente aceptada, valiosa y común. En cuanto esta concepción importa una seminal —aunque normativa— “sociología” es claro que estos escritores se inclinarán (Cotelo lo observaba) hacia la “comunidad” (en el sentido de Tönnies) contra la “sociedad”; es decir, optarán por lo espontáneo, orgánico, originario, natural contra lo mecánico, racional, juxtapuesto, impersonalizado.

Pero “trascendencia” y “comunidad” tienen el común denominador de ser apetencias por salir del encierro individual, por realizarse, personalísticamente, en la tan invocada “apertura”, mediante un doble movimiento existencial, (implícito en toda personalidad) de interiorización autenticadora y de identificación. Esta se hace, entonces, la última instancia de ese

“ensimismamiento” que termina en tan radical y dialéctica negación. La respuesta de Domingo Bordoli al famoso “cuestionario Proust” de que él no tenía “carácter” o “personalidad”, en la acepción habitual que tales términos poseen, resulta por ello el lógico corolario de una vivencia efectiva de aquel doble proceso. Trascendencia y comunión, así, son en rigor de verdad, “comunicaciones con entidades (Dios, el “otro”, la naturaleza, las cosas) en cuya realidad (y en cuya riqueza) se cree y el querer alcanzar todas esas realidades – fue también Coteló quien lo observó – es la íntima razón de ese “asir” que tan superficialmente interpretaron algunos como un manifiesto de recuperación nativista.

Dicho lo anterior, resulta evidente lo tremendamente importante que es para el equipo de ASIR la cuestión clásica de un “sentido de la vida” y la respuesta explícita de que **el mundo no es absurdo** y ese sentido de la existencia (en la trascendencia, en la comunión) no es invención heroica, creación “ex nihilo” sobre un fondo siniestro y mudo. Sin tal confianza no podría fundarse la convicción, también, de que en el último término se puede **mirar con ojos limpios y serenos** la vida, como Visca ha dicho, y que es dable pensar que no es a la evidencia religiosa (o por lo menos no “sólo” a ella) que se enfeuda. Ello, aunque la afirmación del “sentido” tenga (hay que reconocerlo) una índole más tensa y razonada en Lockhart que en sus otros compañeros.

Podrá decirse que son los incoercibles temperamentos individuales (coincidentes en esto) los que últimamente dan el fallo, pero cabe concluir que si la vida – y el mundo – tienen ese “sentido”, que si las únicas experiencias realmente valiosas son la trascendencia, la comunión, la comunicación con Dios, el prójimo, las cosas hermosas y naturales de universo, todo ello tiene su peso en el prestigio de un estilo personal cuyas notas son la “concentración” (o su más ceñido equivalente: el “contento”), la formulación de un terminante “no” al deslumbramiento, al afán de la posesión, a la multiplicación de experiencias, el “consentimiento” al curso imprevisible y de algún modo “adorable” de la vida, el valor supremo del ocio, la contemplación, la libertad, la paz y suficiencia del alma.

Este prospecto, que adquiere una inflexión predominantemente ético-metafísica en Lockhart, religiosa en Bordoli, estético-hedónica en Castillo y más genéricamente existencial en Visca, les lleva, sin embargo, a una actitud de explícito rechazo de todas las que pueden oficiar de vigencias contemporáneas. Esto ya sean los estados de angustia, acedia o sin sentido, ya sea el refugio en la trascendencia confortable y en la masificación despersonalizadora, ya sea todo frenesí, todo ritmo desbocado del vivir o toda quiebra que, desde la técnica omnívora, atente contra los pausados, inmutables procesos del “crecimiento” natural.

Este rechazo de los valores y anti-valores de una sociedad industrial, esta indiferencia evidente para sus metas de poder y bienestar, parece fundarse en

los escritores de este grupo en la convicción de la existencia de esa problemática intemporal, eterna – en cuanto sea “eterno” el hombre – que es la que importa, que se embosca tras lo histórico y lo social y no acepta ser reducida a ellos. Ya se ha aludido a tal posición al principio de esta noticia y se la ha explicitado con un breve texto de Lockhart; las páginas seleccionadas de Castillo rozarán también en este tornasol espiritual contemporáneo de tan subida, creciente significación.

Todo esto, que aquí se está tratando de reducir a “discurso”, se ha visto presidido por el signo del irracionalismo y, en verdad, algunos escritos de Lockhart y de Castillo podrían contribuir a corroborarlo. Pero no es “racionalismo” sinónimo de “razón” y “antirracionalismo” (y aún “irracionalismo”) no siempre tienen que importar hostilidad a la razón misma y a su correcto empleo, a un empleo que, justamente, se arrogará la calidad de ser el cauto, el posible, el útil y, en último término, el “racional”. Por eso es que en el caso de los de ASIR, más comprensivamente podría hablarse del reclamo de una razón que reconozca, para empezar, sus límites y reprima respetuosamente su ejercicio en (y ante) ciertas zonas que le son cualitativamente heterogéneas (ya se les llame “misterio”, “suprarracionalidad” estética o religiosa “infrarracionalidad” instintiva, subliminal o de cualquier otra manera). Una “razón” – también – que acepte otras vías de conocimiento que las suyas (la “intuición emocional” especialmente) y aún la ineficacia de sus modos físico-matemáticos tradicionales para penetrar en la complejidad, la densidad últimamente inefable del hombre y de la historia. Más que un “irracionalismo”, entonces, todo concurrirá en los escritores de ASIR al reclamo de una “sabiduría”, una sapiencia que se nutra con la razón, pero así mismo con las certidumbres de aquellas otras zonas y aquellos otros tipos de conocimiento, y con el tiempo, y con la experiencia y aun con las videncias de esa “ternura” – a lo Espínola – capaz de calar más hondo en los misterios del hombre que la mirada congeladora de la lucidez. Más que de un “irracionalismo”, por eso, cabría hablar de un “antintelectualismo”, de un espiritualismo anti-intelectual que ya se rastreó en algún texto – el nº 15 – muy atrás comentado y se volvió a hallar en otros – los núms. 37 y 38 – al promediar de este libro.

Todo esto, ya sea en su versión religiosa, o en su formulación filosófica, o en su expresión artística es, si bien se mira, lo que configura esa “Tradición” con mayúscula, en la línea de T. S. Eliot, de la que el grupo se reclama. Una tradición, así, con mayoritarios ingredientes clásicos y medioevales, e hispánicos (sobre todo en Castillo) y del pensamiento oriental (sobre todo en Bordoli), lo que la hace, dígame de paso, no estricta (y menos defensivamente) “cristiana y occidental”. Una tradición no puramente literaria también – es visible – aunque otros que dicen filiarse en ella no la conciban del mismo modo ni ratifiquen tampoco el carácter esencialmente construido, discriminativo, que en la versión ASIR adopta. Pues (no puede dejarse de atenderlo) lejos está de ser una pura acumulación de todas las excelencias que el hombre creó y,

tácitamente, toma antes que nada en cuenta lo que concurre o refuerza su particular cosmovisión.

Esta Tradición, sin especificaciones, se duplica, empero, con otra: una “tradición nacional” que, en cambio, poco parece tener de ideológica y social (a diferencia de lo que ocurre con ella, por caso, en los planteos de Cuadro, Bonavita, Ares, Trías y otros más) y sobre la que habrá que volver a realizar algunas precisiones en el caso de Arturo Sergio Visca.

Hasta aquí este prologuista y anotador ha tenido a menudo la impresión de estar esquematizando mucho de sus propias ideas y, aunque identificaciones y repudios crea no haberlos disimulado casi nunca, considera honesta, a esta altura, esa manifestación. No podría decir, en cambio, lo mismo, con dos rasgos del grupo ASIR que ayudan a completar el esbozo de esta importante constelación.

Primero: la actitud crítica, disidente frente a las vigencias de lo que cabe reconocer como “contemporáneo” o “actual” se hace en él (con la relativa excepción de Lockhart) desdén y hasta desinterés patente. Esa actitud de soslayar lo más típico de nuestra altura histórica, lo que más nos constriñe en la circunstancia temporal, mundial en que estamos irremediamente inscriptos no sólo produce los resultados que en seguida se mencionarán, sino que determina la ausencia casi total del grupo de, prácticamente, todo lo que puede englobarse como “actualidad” – literaria, teatral, cinematográfica – no puramente nacional (y aun de ella). Esencialmente “relectores” (sobre todo Visca y Castillo), tal postura tiene rasgos especiales que se examinarán a propósito del primero. Pero dígame ya que esta tesitura, de extenderse, puede amenazarnos con una sub-generación de inacabables glosadores y de escoliastas, con un alejandrismo bastante perezoso y demasiado confiado en las piruetas del talento.

“Peccata minuta” se dirá, frente a otras consecuencias. Doctores entusiastas tiene el “compromiso” que saben mucho de esto, pero es indudable que esta negativa a “asumir” el mundo en que se vive, a participar de alguna manera en sus opciones, sus bandos, sus querencias, sus “ismos”, sus modas y aún sus novelorías; este poner más allá de lo histórico y lo social todas las cuestiones “eternas” y decisivas; este no verlas inmersas dramáticamente en ellos (aún con otra estatura y otra vitalidad); este poco atender a las urgencias – tanto menos selectas – de la ya intolerada miseria que muerde en las cuatro quintas partes de la especie humana, representa, implícitamente, la dimisión de todo esfuerzo por encarnar en las realidades inexorables, en la circunstancia que no se puede esquivar, los valores, las formas de vida más justamente amadas. Es una actitud derrotista y en cierto modo escapista, de esas que dan pie a reflexiones de las del tipo de C. P. Snow y corroboran la alegada alienación y apocamiento del intelectual frente a la sociedad industrial de masas. La postura correcta y eficaz, si se adhiere a ciertos valores, no es fácil de planear pero puede decirse que no

es seguramente cierta desdeñosa perplejidad que ni siquiera posee la tajante claridad de un “retiro”, consciente y frontal.

Más cerca (y más menudamente) tal postura conduce también a no expedirse (o hacerlo en forma más diluida de lo que la propia importancia impondría) en esos asuntos de la vida de la comunidad que, no ya como escritor sino como hombre, cada uno tiene que afrontar. “Compromiso”, para un intelectual uruguayo de nuestro tiempo, no es — por mucho que tantos quieran contrabandear la sinonimia — militancia en el comunismo (ruso o chino); es definición pública (cualquiera que sea) en aquellas fundamentales cuestiones del país, o el continente o el mundo que a todos acucian, es una conducta acorde a esas definiciones, es una abstención de relaciones (o también una aceptación plena, abierta de ellas) con ciertos grupos, instituciones, fuerzas u órganos de opinión que la estructura y la situación del Uruguay obliga a considerar simbólicos. Y, aunque Castillo (no sin altibajos) haya sido en esto una excepción, aunque muchos y valiosos seguidores de ASIR no incurran en omisiones tales, aunque la conducta personal de sus principales figuras, tan digna, sobria, generosa, no desmienta el muy presentable nivel ético de la promoción de 1945, aunque no pueda hablarse en modo alguno de flexibilidad retributiva, hay que decir que esta indiferencia a estar presentes y a estar ausentes, estas conmixtiones y estas abstenciones es uno de los aspectos — sino el que más — que puede amenazar la evidente, y por tantas razones saludable, autoridad del grupo de ASIR.

Dos breves observaciones más. Si no se ha errado en identificar su modalidad ideológica, su temperamento espiritual y si — además — se han recorrido las páginas de este libro, se podrá ver que no todos los rasgos aquí apuntados son novedosos; que algunos autores: Dieste y el grupo TESEO, Esther Cáceres, Susana Soca, Servando Cuadro, Luis Pedro Bonavita y algunos que siguen al autor presente (sin huellas visibles de él ni de sus compañeros) ofrecen, en distintas zonas de contacto, correlaciones evidentes, afinidades profundas. Lo difícil que es, sin embargo, marcar una “continuidad interna” regular en la cultura uruguaya hace sumamente hipotético hablar de “influencias” y es sólo — seguramente — una comunidad de clima histórico, espiritual el capaz de dar cuenta de esas afinidades, de esos parecidos.

Otros rasgos clásicamente asignados a ASIR son mucho más discutibles que los que se examinaron. Esto es particularmente observable con el del “arraigo en lo nacional”, habitualmente opuesto al alegado “cosmopolitismo” del núcleo de NÚMERO. Esta antítesis hacía decir a Carlos Martínez Moreno (TRIBUNA UNIVERSITARIA, n° 10) que mientras el elenco “cosmopolita” que él integra se había dejado arrastrar desde el principio por la ancha ola de pasión americana que, hacia 1958, la Revolución Cubana levantó, el grupo presuntamente “arraigado” se había hurtado mayoritariamente a ella. Y esto como muestra, sólo como tal, de la ya examinada distancia frente a las contingencias políticas y sociales de la peripecia nacional y del continente. Sin dejar de conceder bastante

(como ya se hizo) a lo patente de esta paradoja, puede observarse empero que mucho de ella se nutre con la ambigüedad irremisible de varios de los términos manejados. Y si, por ejemplo, el “arraigo” de ASIR es, como ya se decía, una voluntad de comunicarse con las cosas, de “residir” entre ellas, resulta claro, entonces que, estrictamente entendido, pueda quedarse sólo en ello, pueda terminar en un localismo espontáneo y esencialmente vegetativo, pueda dar — a lo más — en un patriotismo y aun en un regionalismo carnal. Patriotismo o regionalismo identificados, por razones de origen o de radicación, con el interior del país — esto es, por razones no tan obvias —, con algo menos canjeable y cosmopolita que la capital (la ex-“factoría”) y sus formas de vida. Nada (o muy poco) tiene porque tener eso de un nacionalismo proyectivo, de naturaleza política, de defensa y promoción del país ni, siquiera, de un latinoamericanismo intelectual y emocional que tampoco el grupo de NÚMERO, más allá de “la media” intelectual, representaría y sí otros ensayistas — desde Cuadro y Bonavita hasta Trías, Vidart, Methol, Vignolo, etc. —, no adscriptos a él. Esa “residencia” en el área nacional del núcleo ASIR (en el que ninguno, que se sepa, ha viajado, dentro de una generación de impenitentes viajeros) no significa un arraigado nacionalismo, con sus responsabilidades militantes y las solidaridades y ampliación de miras que tal tipo de actitud — “aquí y ahora” — arrastra. Unas solidaridades, sin embargo, que por una insensible, sutil transferencia también pueden convertirse (no en balde se ha hablado de un “guajirismo mental”) en una mediatización de la propia circunstancia local, en una postergación comodona de los deberes que ella nos fija, en un comfortable y vicario empeño, en una pura dimensión imaginaria.

Y si a una tradición universal se alude, por otro lado, podrán contestar los que se sienten filiados en ella que tal tradición es indistinguible de los orígenes mismos de nuestra sociedad, de raíz europea, hispánico-cristiana, por lo que ninguna sustancial “adopción”, “importación” representa. En último término, el único nativismo, el único “arraigo” que puede caracterizar al núcleo de ASIR es, en contraste con otros escritores, su desdén al cosmopolitismo y al presentismo, a la novedad literaria e intelectual, y éste es rasgo que (como podrá recordarse) ya ha sido examinado.